

Crítica de Arte

1.º *Retrospectiva de Manuel Núñez.*—En la Sala del Ministerio de Educación se celebró la Retrospectiva de Manuel Núñez. Pertenece el pintor al grupo que mantiene su fidelidad a la persistencia del naturalismo. Nacido en 1867 está a la cabeza del grupo.

Toda una vida laboriosa, larga, fecunda, estremecida por el afán y la pasión de pintar es la vida del autor de *Ismael en el desierto*. Discípulo de Juan Mochi y de Pedro Lira ha conservado en su extensa obra la huella de los lejanos maestros, especialmente del primero.

En efecto, aquella minuciosa entrega a la representación fría y mecánica que se observa en el napolitano aparece en Núñez como una prolongación tardía del XIX. Pinta el discípulo durante toda esta primera mitad de nuestro siglo, pero en el rigor del término su arte vive ajeno a la inquietud que le rodea.

Busca denodadamente el tema. E, incluso, el gran tema. Es muy diverso: retratos colectivos de alguna corporación o institución religiosa, al modo de los holandeses, paisajes, retratos individuales, naturalezas muertas, escenas costumbristas y algún tema bíblico, insólito en la pintura chilena: *Ismael en el desierto*.

Una tela como el retrato colectivo *Consulta teoló-*

gica, revela un esfuerzo honrado y digno de estima. Lo mejor de tal obra es el aplomo de la composición y el esfuerzo para traducir la psicología de las figuras. El artista se ha inspirado en los cuadros corporativos nórdicos, pero está lejos de tales modelos. Le falta unidad en el colorido, estilo, ambiente. Ese colorido es poco limpio y carece de vibración.

Más logrado nos parece *Retrato del visitador*, posiblemente la mejor de todas las telas del maestro. Aquí se acercó, sin duda, a una plausible perfección. Hay unidad, coherencia entre el modelo y la realización. Los blancos y su modulación tonal, su juego en las cambiantes luminosas, son magistrales. La proyección espiritual no se produce, por lo menos en aquella idealización mística que parecería indicar el tema. El mundo religioso de Manuel Núñez es doméstico, si nos podemos expresar así. Llevado el artista de la exaltación objetiva ha pintado a un ser de carne y hueso, demasiado humano, lo que en buenas cuentas no es un defecto.

Desde el punto de vista de la representación plástica se ha complacido en reiterar lo material, en subrayarlo con obstinación y energía. Estamos lejos del éxtasis y del arrobamiento. La opulencia de las carnaciones, el carmín de las mejillas, las manos gorduzuelas y sensuales y la expresión zocarrona del rostro eluden toda impresión de sentimiento místico.

La misma falta de unción se advierte en *Consulta teológica*.

Es el tributo a lo inmediato. Estas obras podrían colocarse bajo la advocación de la divisa de Courbet: «La pintura es un arte esencialmente concreto y no puede consistir más que en la representación de cosas reales y existentes».

¿Qué es, por ejemplo, *Interior de un templo*? Herrera Guevara tiene un cuadro de idéntico tema. Mediante una sutil simbolización de los colores—rojos, anaranjados, amarillos—en su plenitud y brillantez, obtuvo el artista una especie de arrebatamiento y de *pathos* de mística filiación.

En el óleo de Manuel Núñez, por el contrario, se soslaya toda intencionalidad de magia sobrenatural. Se ha pintado de un cierto modo la realidad tangible de las cosas.

Núñez supone—como hemos dicho—la liquidación del novecientos. Vimos, con motivo de una retrospectiva anterior, que Reszka supo evolucionar hacia el subjetivismo impresionista, hacia lo atmosférico y luminoso. Núñez es el último representante plausible de aquella escuela.

2.º *Retrospectiva de Pedro Luna*.—Cualquiera que sea el resultado final de sus obras y ciertas desviaciones de la etapa final, Pedro Luna revela un temperamento recio de pintor. Era muy joven cuando, en 1913, hizo un envío a la exposición organizada por Ulises Vásquez y por el artista español Prida en los salones de «El Mercurio», certamen que habrá de dar posteriormente nombre a la generación.

Más tarde Luna revela en una entrevista su filosofía estética: «Mi tendencia es reproducir la visión directa del natural, buscando siempre lo artístico y objetivo. Mis maestros: Manet, Cézanne, Aman-Jean y otros de la misma escuela. Mis gustos, la reproducción de escenas típicas y paisajes de nuestro pueblo».

Hay cierta confusión en la mezcla de maestros tan dispares. Sin embargo, Luna, que ha viajado, que ha estudiado en Roma y visitado museos, sabe lo que quiere. Citar en 1922 a Cézanne es una hazaña fabu-